

## **El paso de Dom Godefroy**

*Testimonio en el funeral de Dom Godefroy Raguenet de Saint Albin, OCSO, Abad de Acey.  
Abadía de Acey, 11 de agosto de 2023*

Dom Godefroy nos había dicho que llegaría a los pastos de Echelettes, con un día de retraso, el 2 de agosto a primera hora de la tarde. Como hacía un día precioso, el Hno. Nicholas-Marie y yo habíamos salido a dar un paseo y, cuando volvimos al final de la tarde, vi que Dom Godefroy había llegado, pero seguramente ya se había ido a conquistar algunas montañas. Le vimos regresar por la noche, radiante de alegría por haber conseguido escalar el Gros-Brun: una hazaña que sólo él podía permitirse realizar en pocas horas. Me contó que en la cumbre –donde hay una gran cruz, igual que en la cima de la última montaña que escalará– había perdido su gorro. Quién sabe, tal vez el comienzo de un proceso de despojamiento que se completará en menos de 24 horas....

La velada, la cena, con el buen vino, el queso de Cîteaux y los tomates de Hno. Julien de Acey que se enorgullecía de ofrecernos; la noche tranquila, los Laudes y la Eucaristía celebrados juntos, el desayuno abundante, hasta su partida hacia las 9, todo está ahora lleno de signos y mensajes definitivos que el silencio en que nos ha sumido su muerte hace resonar en nuestra memoria, sedienta de sentido ante el misterio. Siento la urgencia, casi una misión, de transmitir sin más estos signos y mensajes, como un testamento que un peregrino apresurado hubiera puesto en mis manos antes de desaparecer.

El miércoles por la noche, durante la cena, hablamos largo y tendido sobre nuestras Órdenes, nuestro ministerio y nuestras últimas misiones. Había regresado feliz de una visita a Inglaterra, donde había experimentado el milagro de la acción del Espíritu en los corazones y las conciencias. Nos habló de su comunidad de Acey y de sus casas hijas: para cada una, junto a la conciencia de la fragilidad, una mirada positiva de esperanza, a menudo aferrada a pequeños signos. Compartí con él una palabra que recibí hace poco de una monja anciana y muy frágil de Talavera de la Reina, España, cuando le pregunté cuál era para ella la necesidad más urgente hoy para nuestras Órdenes, para la vida monástica y para toda la Iglesia. Tras un largo silencio, respondió: “¡Ser pobres!”. Vi resonar esta palabra en el pobre que era el padre Godefroy. Su mirada me la reflejaba, haciéndola aún más aguda y punzante en el corazón de nuestra responsabilidad, de nuestro ministerio, de nuestra vocación.

El 2 de agosto era el aniversario de mi primera vocación, en la Porciúncula de Asís. Se hizo eco de esta confianza diciéndonos que pronto sería el aniversario de su primera vocación monástica, cuando, creo que, en 2000, en misión militar en Estados Unidos, fue a pasar los días 5 y 6 de agosto a la abadía de Spencer. La hospedería estaba llena por no sé qué aniversario, pero él fue de todos modos, alojándose en el bosque de la Abadía. La noche antes de la fiesta de la Transfiguración del Señor recibió su vocación. Nos comunicó su intención de ir la noche del 5 de agosto a la Cartuja de La Valsainte, muy cerca de nuestro chalet, para las Vigilias de la Transfiguración.

Pasó la noche cerca de nuestro oratorio, bajo el tejado del chalet, en un espacio en el que pudo dormir en el suelo, como, según dijo, le había aconsejado su médico para aliviar sus dolores de espalda. Por la mañana, cuando subimos para las laudes y la misa, lo encontramos ya vestido con la alba. Había preparado los vasos sagrados y el misal. Había puesto mucho vino en el cáliz. Le hice notar que era demasiado para tres personas.

Sonrió y dijo: “¡Mañana pondremos menos!”. Más tarde pensé que aquel cáliz lleno era la “copa rebosante” (Sal 22,5) que él necesitaba para su última Eucaristía, su última comunión a la Sangre del Señor.

Se extrañó de que yo no hubiera tomado la Misa en memoria del Cura de Ars. Le indiqué que era el 3 de agosto y que la memoria de Juan María Vianney sería al día siguiente. Me di cuenta de que seguramente acababa de rezar las Vigilias de la memoria del santo que pronto encontraría en el Cielo...

Cuando bajamos a la zona de día de la casa después de la misa, vimos que ya había puesto la mesa. Allí también, con vajilla y una abundancia más propia de una comida festiva que de un desayuno. De hecho, duró bastante tiempo, siempre hablando de la vida monástica y de las comunidades y personas que conocíamos.

Después del desayuno, planeó cuidadosamente su excursión. Descubrió que había una bicicleta en el garaje. Se alegró de este descubrimiento, porque le permitiría ir más lejos y llegar a montañas más altas. Consultó los mapas, pero no entendimos lo que tenía en mente, salvo que quería ir a la hermosa iglesia románica de Rougemont, un antiguo priorato cluniacense. Tenía varios destinos en mente y decidiría sobre la marcha.

Se marchó hacia las nueve, saludándome con una cara que irradiaba alegría infantil. Estaba pintando una acuarela de un pastor rodeado de ovejas. Se inclinó para mirarla. Le dije que no tenía éxito, sobre todo en las proporciones entre el pastor y las ovejas. Entonces me dijo algo que ahora no puedo dejar de pensar: “No, está bien. Pero deberías añadir las orejas de la oveja”.

“Añade las orejas de la oveja...” Ahora que nuestro amigo pastor ha dejado su presencia física en medio de su rebaño y de las demás ovejas y rebaños que le han sido confiados, no dejo de pensar en esta frase. Me trae de vuelta a la Regla de San Benito, que todo lo refleja en su primera palabra: “*Obsculta, o fili* - ¡Escucha, hijo!” (Prol. 1). Pienso sobre todo en el pasaje en el que San Benito hace al padre abad responsable ante el juicio final de Dios “de su enseñanza y de la obediencia [es decir, escucha] de sus discípulos” (RB 2,6).

A menudo pensamos que esto implica responsabilidad disciplinaria, que somos responsables de lo que hacen o dejan de hacer nuestros hermanos o hermanas. San Benito se preocupaba más de que las ovejas del rebaño tuvieran oídos para escuchar la voz del Señor, y ésta es la responsabilidad que debe tener todo pastor de comunidad, una responsabilidad que se ejerce ante todo con la propia obediencia, con la propia escucha de la palabra de Dios, de la voz del Esposo.

“Añade las orejas a las ovejas...”: esta observación, el último mensaje que Dom Godefroy debió dirigir a alguien en esta tierra, es un consejo que el Espíritu le hizo dirigir más al pastor que al acuarelista ante su obra inacabada. ¿Qué padre o madre, qué abad o abadesa, no siente una sensación insuperable de incapacidad para diseñar su comunidad con la belleza y la armonía que desea, que siente que es su deber alcanzar? Lo que conozco de su historia me lleva a creer que ésta era también la gran preocupación del padre Godefroy y que permanecería fiel a esta misión incluso desde el Cielo.

Lo cierto es que había empezado a responsabilizarse de su propia obediencia, de su propia escucha de Dios. Confieso que me inquieta pensar que su descenso demasiado rápido de la cima del Dent de Brenleire estuviera determinado por su deseo de obedecerme.

Le habían visto a las cuatro de la tarde en la cima y yo le había preguntado si podía volver para la comida principal, que íbamos a tomar a las seis de la tarde. Era lo bastante fuerte y quizá lo bastante temerario como para intentar llegar en dos horas desde la cima de esta montaña hasta la bicicleta aparcada en Gros Mont y luego pedalear con todas sus fuerzas hasta nuestro chalet. Temo su obediencia, que le hizo correr hacia la cresta desde la que pronto se deslizó hacia el barranco y la muerte inmediata. Obedeció hasta caer, como un grano de trigo, al suelo; obedeció hasta morir, una muerte que dibujó en su cuerpo, en su rostro, las heridas y contusiones de Cristo ultrajado... “El primer grado de humildad es la obediencia sin demora. Es la actitud propia de quienes no tienen nada más querido que Cristo” (RB 5,1-2), escribe san Benito.

Me pregunto, pero podría ser una herejía, si Dios Padre no sintió la misma incomodidad al ver a su Hijo obedecerle hasta la muerte de Cruz...

Pero Dom Godefroy nos ha dejado otro signo más luminoso para mostrarnos que obraba con amor al escuchar la voz del Esposo. Mientras nos preparábamos para la Misa, en el espacio de la sacristía y la biblioteca donde había pasado la noche, vi que había hecho su *lectio* en una mesita donde había traído una lámpara y donde yacía abierta su gran Biblia. Durante las largas horas de la noche y del día en que le buscaban, en que le esperábamos, fui a mirar esta Biblia y descubrí que su última *lectio divina* le había sumergido en los capítulos 19 y 20 del Evangelio de San Juan. Las dos páginas abiertas comenzaban con el versículo 34 del capítulo 19: “Pero uno de los soldados le hirió con una lanza en el costado, y al instante salió sangre y agua”. La segunda página termina con este pasaje del capítulo 20: «Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo: “¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha enviado, yo también os envío. Dicho esto, sopló y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”.» (Jn 20,20-22).

Entre el Corazón traspasado del Crucificado y el Corazón revelado del Resucitado, estas páginas anuncian el descenso de Jesús al sepulcro, su resurrección y su aparición a María Magdalena y a los apóstoles. En su pasaje pascual, que sigue cumpliéndose en el tiempo de la Iglesia, Jesús viene a incorporar a sus discípulos a su Vida eterna, por el don del Espíritu.

Nuestro hermano Godefroy oyó esta palabra, esta llamada pascual, y siguió hasta el final, ardiendo de amor, al Cordero inmolado y vivo para siempre.

Ayer por la mañana, como hago todos los días cuando estoy en el prado alpino, fui a rezar las Vigilias en el camino que lleva a otro chalet, donde me siento un rato en un banco en silencio ante las montañas y el valle. Por primera vez en 38 años, me di cuenta de repente de que un pico rocoso surgía tras el bosque de la montaña de enfrente. ¡Precisamente la última cima alcanzada por Dom Godefroy, el Dent de Brenleire! Con los primeros rayos del sol naciente, la cruz metálica de esta cima brillaba como un lucero del alba, ¡el signo mariano de la esperanza invencible!

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, abad general OCist*